

—Vaya usted, vaya usted, amigo mío — dijo Brandón.

—De igual á igual — murmuró Susana, dedicándole una sonrisa.

—Puesto que ustedes me autorizan, voy — dijo Derstal, recobrando su aplomo. — Coronel, estoy á sus órdenes.

Y por los pasillos, en los que los espectadores con simpática deferencia se alineaban para dejar paso y contemplar de cerca al célebre compositor, Derstal se dirigió hacia el palco de su alteza, tranquilo ya con respecto á su éxito, encontrando á Marini y á la Gozzoli excelentes, y disponiéndose á gozar completamente de su triunfo de una noche.

V

Al día siguiente de aquella inolvidable noche, en la que Derstal había saboreado las enervantes delicias de la gloria, los Brandón, con el pretexto de arrancar al artista á la curiosidad ardientemente desencadenada de los importunos, se le habían llevado al hotel Danieli, instalándose después todos juntos á bordo del yate *Ariel*.

—Permanezca usted con nosotros durante una semana — había dicho Brandón al músico. — El tiempo necesario para que se enfríe la pasión de los venecianos, disminuya el celo de los *reporters*

de los periódicos, y volverá, si quiere, á instalarse de nuevo en casa del panadero para terminar su ópera. Pero, ¿acaso no puede usted trabajar á bordo de mi barco? ¿El *Ariel* no le hará sentir las ardientes fantasías del gran Shakespeare? Vamos, no hablemos más del asunto. Permanecerá usted navegando durante ocho días con nosotros. Iremos á las bocas de Cattaro, á Prevesa, en la costa de Dalmacia, y le traeremos de nuevo á Venecia. Entablará usted relaciones con mi sobrino Jim Stewardt, que ha llegado esta mañana de Chicago para darme cuenta de la marcha de nuestros negocios. No es músico, como Harry y mi hija. Es el *business-man* en toda la extensión de la palabra. Le contemplará á usted con el asombro de un salvaje de Far West, y no comprenderá absolutamente nada de su género de vida. A nosotros, que somos sus parientes, nos desprecia ya.

—Vaya por el *Ariel*, por las bocas de Cattaro y por Jim Stewardt, el hombre de la naturaleza— dijo Derstal alegremente. — Confieso que tengo necesidad de reponerme del quebranto que en mi espíritu han causado las felicitaciones de esa magnífica pero fatigosa noche. Respiremos el aire libre, y huyamos de los periodistas.

—Harry y Susana estarán muy contentos, mi querido amigo, pues están entusiasmados con usted. Son dos artistas.

Aquella misma noche, y á bordo del *Ariel*, Derstal se encontró por primera vez con Jim. El

barco, anclado enfrente de Dogana, esperaba su patente. Bajo el toldo que cubría la popa, la señora Brandón, Susana y Harry estaban medio tendidos en *rocking-chairs*. Un joven alto, rubio, ancho de espaldas, de ojos azules, afeitado como un clérigo, cosa que le daba el aspecto de un muchacho de veinte años, apoyaba los codos en la borda y fumaba en una pipa de raíz de cerezo. Brandón dijo:

—Querido maestro, mi sobrino Jim Stewardt. Jim, el señor Derstal, el célebre compositor francés.

Jim cogió su pipa con la mano izquierda, tendió la derecha á Oliverio, y con tono seco, breve y casi sin abrir la boca, dijo:

—Mucho gusto, señor.

Después sujetó de nuevo la pipa con sus dientes, lanzó una bocanada de humo, y esto fué todo.

Derstal, que desde hacía algún tiempo estaba acostumbrado á la adulación de las muchedumbres, encontró muy deficiente la acogida. Fijó en el yanqui una fría mirada, y volviéndose hacia Susana y la señora Brandón, pareció decidido á olvidarse de que el joven existía. Llegada la noche, hacia el Oeste, y bajo el cielo enrojecido, se dibujaron las columnas de la Piazzetta, coronadas con sus leones alados; los minarettes y las cúpulas de San Marcos y los altos techos de las Procuratrics. La inmensa bandada de palomas, semejante á

una nube gris, revoloteaba esperando la hora de la distribución del maíz. El agua de las lagunas parecía brillante como el acero, y las fachadas de los palacios del lado de San Jorge Mayor, heridas por los últimos rayos del muriente sol, parecían de color de rosa. A medida que la noche entraba, el fresco se hacía más intenso. Clarísimas estrellas aparecieron, semeando lámparas de oro sujetas á la bóveda celeste. La atmósfera que envolvía la ciudad se hizo más densa y más pesada. Los obreros del arsenal aparecían como sombras en el muelle de los Esclavos, y se separaban sin decir palabra, como si el mutismo hubiera sido de reglamento en aquella ciudad de silencio. Un bote, cuyos remos herían la inmóvil superficie del agua, atracó junto al yate, y el capitán, acercándose á Brandón, le dijo:

—Señor, tenemos ya todos los papeles; nos haremos á la mar cuando usted quiera.

El americano consultó con la vista á su familia y á Derstal, y como nadie manifestase su opinión, contestó:

—Pues bien, señor Rovers, enseguida.

El capitán se inclinó, y un instante después un chirrido metálico anunciaba que acababan de soltarse las amarras. El humo de las dos chimeneas se hizo más intenso; la actividad de los hombres se aplicó á los últimos preparativos; un repentino sacudimiento hizo vibrar las profundidades del buque, el silbido estridente de la sirena dió la se-

ñal de partida, y empujado hacia adelante por la hélice, el *Ariel* empezó á navegar con rumbo á Lido. En aquel momento, uno de los criados del barco entregó á Derstal las cartas que para él había en la lista de Correos. Bajo la incisiva mirada de Susana, las cogió, no sin cierto embarazo. Hizo un movimiento como para esconderlas en un bolsillo, pues había reconocido en uno de los sobres la letra de Eva, y por el amarillo color del otro había adivinado que era de Lavirón. Miss Brandón, para dejar al compositor en completa libertad, se levantó, cogió de encima de la mesa los periódicos que el criado había traído con el correo, y dirigiéndose hacia el comedor, le dijo:

—La noche ha refrescado mucho, y le aconsejo que se ponga un abrigo. Yo voy á leer las reseñas de la función de ayer; deben entonar alabanzas en honor de usted.

Dirigiendo á Derstal una amistosa sonrisa, se alejó á lo largo de la borda, seguida de su primo Jim, mientras el barco, aumentando la velocidad, cortaba las aguas de la laguna. Derstal se apartó, y sentándose debajo del puente, quedó pensativo. Estaba solo y entregado á sus impresiones. Rompió el sobre de la carta de Lavirón. Al principio le daba cariñosas noticias referentes á la salud de Eva Brillant. Había ido á ver á la cantante en la Ópera, en donde había cantado *La Walkyria*, con éxito tan grande como legítimo. «Ha cantado su parte, decía el crítico, como nunca había sido can-

tada en la Ópera. No puede pedirse espectáculo más hermoso. Ha puesto un poco de humanidad en el personaje y no ha sido inútilmente, porque usted conoce mi opinión con respecto á Wagner, que es un descriptivo admirable, pero que nunca ha sabido hacer oír los gritos del alma. Retorced toda su música y se sacará de ella un átomo de sensibilidad. En el genio de ese músico, porque es genial, todo es heroico y mitológico. Escribe música de bárbaro para los bárbaros. Cuando oigo una de sus obras, daría con gusto los primeros actos para encontrar en el tercero una sola frase como la de: «Padre mío, tú has debido maldecirme», del *Guillermo*, ó el aria de Agata en *Freyschütz*. Desde aquí le oigo evocar *Lohengrin* y *Tristán*; pero usted sabe que y soy viejo, y que los *snobs* del día declaran que no entiendo nada de las tendencias modernas. No caiga usted en esas tendencias, que sólo son ruido, incoherencia y sensibilidad, mi querido Derstal, y tráiganos de esas lagunas una obra que cante, que vibre y que conmueva; yo me encargo de lo demás.»

Derstal dobló distraidamente la carta, la guardó en uno de sus bolsillos, y en seguida sintió un perfume delicado y suave, que evocó en él el recuerdo de la mujer que tanto le quería. Dulcemente se quejaba por estar tanto tiempo separada de él, y le animaba para que trabajase, puesto que la terminación de su obra había de poner fin á su alejamiento. Le preguntaba con entusiasmo con

respecto á los giros que tomaba su papel, sobre lo que esperaba de ella, y le recomendaba que no sacrificase el efecto general al interés particular de su intérprete. «Ante todo, es preciso que tú triunfes. Yo no soy nada; no lo olvides. No soy más que uno de los agentes de tu gloria. Mi éxito sólo puede ser efímero, mientras que tu gloria debe ser duradera. Te demuestra lo poco que somos nosotros los artistas el solo hecho de que en estos días se está representando *Erin* en Venecia, y es la Gozzoli quien canta mi papel. El prestigio de tu obra no ha disminuído por esto. Tu obra es lo único que debe tenerse en cuenta. Es una llama poderosa que presta fugitivo resplandor á los intérpretes, y que los absorbe luego hasta el punto de hacerlos desaparecer envolviéndolos con su brillo. Pero yo me daré por satisfecha si en mi carrera, y mientras me queden talento y facultades, puedo servirte para algo. Tú me dirás cómo ha cantado la Gozzoli. Dicen que *bien*, pero yo creo que ha debido *faltarle algo*, y ese *algo* no habrá sido otra cosa que lo que tú mismo me has enseñado. No seas tan complaciente como Gounod, que á todas las cantantes que interpretaban *Romeo ó Fausto* las decía, abrazándolas y besándolas, que eran la Julieta ó Margarita de «sus sueños». Primero, yo no te permito que abras ni beses á la Gozzoli, pues, á juzgar por el retrato que de ella ha publicado *El Teatro*, es joven y bonita. Sólo te permito que abras al tenor Marini, y para

indemnizarte, te besa y abraza con todo su corazón.—EVA.»

Los dedos de Derstal temblaron sujetando la carta. La noche había cerrado completamente, y el compositor había tenido que terminar su lectura á la luz de uno de los fanales. Permaneció inmóvil. Las estrellas llenaban el cielo de infinitos puntos de oro, y en el mar se levantaba lentamente la luna, plateando las olas con su fría claridad. Derstal se acordó de que era miércoles y que á aquella misma hora Eva se estaría vistiendo en su cuarto para la representación de la *Opera*. La vió sentada ante el espejo, preparándose sencillamente para llenar su tarea artística. Una sonrisa de amargura contrajo los labios de Derstal. Entretanto, ¿qué hacía él á bordo de aquel yate? ¿Dónde iba? ¿Hacia qué destino se dejaba arrastrar? ¿Cumplía algún deber con respecto á los demás y con respecto á sí mismo? Entre sus dedos sostenía aún la cariñosa carta de Eva y la arrollaba maquinalmente. La carta de Lavirón estaba en su bolsillo, y era fiel reflejo de la amistad del viejo crítico. ¿Cumpliría las promesas que al marcharse había hecho á los dos? El deseo de escapar á la curiosidad pública en Venecia no era más que un pretexto. Nadie podía turbar su tranquilidad en la humilde morada del panadero Salabería. La necesidad de reponerse de las emociones de una noche, mentira. Esas emociones habían sido fuertes y sanas, y de ellas se habría repuesto con

un cuaderno de papel de música y con el trabajo. No; otra vez era víctima de su vanidad y de su pereza. Se dejaba conquistar por el mundo frívolo y disolvente, que le había puesto al borde del precipicio. Apenas se veía libre de un peligro que había juzgado mortal, cuando volvía á exponerse á él de nuevo. ¿No era un insensato? Una arruga surcó su frente. Lavirón no calificaría de insensata su acción. La juzgaría improba y degradante. En cuanto á Eva..... Un suspiro se escapó de los labios de Derstal con el recuerdo de la amiga, de la artista cuya abnegación y ternura se demostraban en las palabras tan conmovedoras que contenía la carta que él arrollaba como una hoja marchitada entre sus dedos. ¡Eva, Eva! ¿Era, pues, que ya no la quería, que la abandonaba, cuando ella le animaba para la fidelidad y el trabajo? La visión de Susana, riante y hermosa, pasó por delante de los ojos de Derstal. Estaba radiante y coronada como una soberana. Le tendía la mano, y creyó que le oía decir: «Vamos, no se deje alucinar ni influir por lazos imaginarios. Sus escrúpulos son propios de un hombre apocado. Destinos más altos de los hasta ahora soñados por usted le esperan. Su grandeza es más segura á mi lado, que pondré la sociedad á sus pies, que cerca de sus amigos de ayer, pobres gentes que están á la merced de un capricho de la muchedumbre, y que querrían compartir con usted la inestabilidad de su destino. Venga; yo soy quien hará bri-

llar la gloria á su alrededor; llegará á ella sin grandes esfuerzos por el poderío sin rival de la riqueza. Usted sabe bien que en este mundo todo se compra. Los ultrajes y las alabanzas se encuentran en el mercado, la celebridad tiene su precio, la fama tiene su tienda, y el genio muere á su puerta si no hay con qué pagar el coro.» Derstal se estremeció. En la obscuridad de la noche estrellada, Susana, vestida de blanco, como una novia, adelantaba hacia él. Rompió nerviosamente las cartas que acababa de leer, y extendiendo el brazo por encima de la borda, dejó que el viento se llevase los pedazos al mar.

La velada se pasó deliciosamente en el salón del yate, al lado de la encantadora morena que había sabido triunfar de todas las resistencias de Derstal. Le prodigó sus miradas y sus sonrisas, y la Susana que se le apareció en la intimidad de la existencia de á bordo era completamente distinta á la que antes había conocido. La joven frívola y mundana cedía plaza á una persona grave y formal, muy sencilla también, y que pasaba muchas horas paseando en el puente, mientras que los paisajes, renovándose sin cesar en la costa de Dalmacia, desfilaban ante los ojos de los navegantes como vibrante y espléndido cinematógrafo. Una especie de embotamiento se había apoderado de Derstal. Experimentando una voluptuosidad muy nueva, dejaba llevarse á través de las verdes ondas del Adriático. La tensión de sus nervios le tenía

como aturdido. Sonriendo escuchaba la sonora voz de Susana, que le refería sus numerosos viajes, y que entonces soñaba en ir á Oriente con él.

—Yo sé muy bien que esto es irrealizable—decía la joven;—pero me divierto haciendo proyectos. Imagino que usted nos acompaña á Atenas, á Corfú, Constantinopla, Esmirna y Alejandría, y luego por el Nílo hasta las cataratas; y me hago la ilusión de que usted verá al mismo tiempo que yo esos países maravillosos, en el momento en que usted piensa dejarnos para volver á Venecia, á su pobre habitación de paredes blanqueadas con cal, y en la que la joven María Pía, de la que habla usted con tanta añoranza, volverá á cuidarle de nuevo, mientras que usted oirá las voces de su hermano, ocupado en amasar el pan. Todo esto es muy naturalista. Además, es posible que esta jovencita sea muy hermosa.

—¡Tiene quince años!—dijo Derstal en tono de reproche.

—Es la edad en que empiezan á querer en ese país de precocidad. Mi hermano asegura que en Florencia ha visto algunas que salían de la escuela y ya se fijaban audazmente en los extranjeros. ¡Pobrecitas niñas!

—Tranquilícese usted; nunca me he fijado en María Pía.

—¡Qué me importa!—dijo Susana con un gesto de desprecio.—Yo sé bien que sus afecciones están más lejos.

—¿Quién le ha dado á usted noticia de lo que á mi humilde persona se refiere?—dijo Derstal tratando de sonreír.

—Todo el mundo. Las habladurías de nuestros íntimos, las conversaciones de los extraños, las alusiones de los periódicos.....; pero ¿qué importa? Todo esto es el presente, el pasado tal vez, y lo único que hay de interesante es el porvenir.

No es posible explicar fielmente la clara concisión con que la americana acababa de establecer la situación de Derstal, y tal vez también de resolverla. Parecía decir: «Ayer quiso usted á Eva Brillant; es probable que no la quiera usted hoy; es seguro que mañana querrá usted á otra, y esta otra soy yo.» Con audaz tranquilidad disponía del corazón de Derstal, sin preguntarle si le complacía que de él se apoderase, del mismo modo que había dispuesto de su persona y se le había llevado á bordo de aquel yate que se dirigía hacia un horizonte envuelto por la bruma. El compositor tuvo un arranque de orgullo al verse tratado casi como un esclavo, y dijo fríamente:

—Hay pasados tan hermosos y presentes tan envidiables, que, á no estar loco, no podrían sacrificarse por no importa qué porvenir.

—¿Qué supone todo esto? El pasado y el presente son cosas que se han visto ya. ¿Qué hombre de imaginación querría renunciar á lo que de nuevo le reserva la vida? Para esto valdría más ser jefe de negociado en un ministerio y empezar